

M. C. Andrews

Por tus caricias



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

«¿Sabes por qué sé que me amas?... Por tus caricias».

Un hombre que nunca ha necesitado a nadie y que ahora no puede respirar si ella no está a su lado.

Una mujer que había jurado no volver a confiar en ningún hombre y que ahora no se imagina la vida sin él.

¿Qué pasará cuando se vean obligados a separarse? ¿Es su entrega tan completa como ellos creen? ¿Acaso un simple viaje de negocios podrá acabar con su relación? La tentación es muy fuerte, pero su necesidad de pertenecerse el uno al otro lo es aún más.

Por tus caricias te permitirá descubrir un poco más la intensa y apasionante historia de amor de Daniel y Amelia... O empezar a conocerla.

L≡**LIBROS**

M. C. Andrews

Por tus caricias
Noventa días - 5

Podría simular una pasión que no existiera,
pero no podría simular una que me arrasara como el fuego.

OSCAR WILDE

La calle parece cubierta de estrellas, las gotas de lluvia han dejado de caer pero han decidido quedarse en el suelo de la ciudad y convertirlo en algo mágico. Desde que me mudé aquí éste ha sido uno de mis momentos preferidos del día. Sonríe. Bueno, es uno de mis momentos preferidos sin Daniel. Si Daniel está conmigo, nada puede competir con él.

Sonríe otra vez. Gracias a la lluvia y al tráfico de la ciudad tuve que compartir taxi con Daniel el día que lo conocí. Aún recuerdo lo furioso que se puso, y todo porque al parecer se había autoimpuesto no desearme.

Daniel y sus normas.

Un cosquilleo me recorre el cuerpo al pensar en todas y cada una de las normas que hemos roto juntos estos meses. Se me acelera incluso el corazón y las ganas de volver a estar con él me sobrecogen. Deslizo la mano hacia el interior del bolso y busco el teléfono móvil. Sé que esta noche llegará tarde, me lo ha dicho esta mañana. Estaba tan enfadado que durante unos segundos he temido que fuese a anular la reunión.

—Si esos energúmenos son incapaces de encontrar otro hueco en su agenda para reunirse todos en el mismo despacho, tal vez no deberían comprar una empresa juntos. Además, a partir de las seis estoy contigo —ha dicho.

Esos «energúmenos» son los futuros propietarios del Banco de Escocia y le han pedido asesoramiento a Daniel para terminar de formalizar la compraventa. Mercer & Bond, el bufete de Daniel, cobrará una suma exorbitante por la operación y antes, hace unos meses, Daniel se habría quedado encerrado en el despacho hasta resolver todos los flecos del contrato. No habría permitido que nada ni nadie lo distrajese y nada más habría ocupado su mente.

Y ahora está conmigo a partir de las seis.

Sí, Daniel ha roto todas sus normas... y las mías.

No debería llamarlo, pero estoy pensando en él y quiero oír su voz.

Sólo suena una vez.

—¿Dónde estás?

Lo noto tan tenso que me lo imagino sosteniendo el teléfono con una mano y apretándose el entrecejo con la otra.

—Andando por la calle.

—Ha llovido —se queja, aunque sé que se calla el resto de la frase. Si fuera por Daniel, Frederick me llevaría y recogería del trabajo todos los días. Ya le he explicado que, aunque me apasiona que sea tan caballeroso, sé andar sola.

Daniel todavía está asimilándolo.

—Lo sé. Me he acordado del día que te conocí, tuvimos que compartir taxi.

—Sonríe a pesar de que sé que no puede verme—. Te pusiste furioso conmigo.

—Me puse furioso conmigo. Espera un segundo. —Lo oigo caminar. En cierto modo echo de menos trabajar en Mercer & Bond, donde podría cruzarme con Daniel en el pasillo. Distingo el ruido de una puerta cerrándose—. Me puse furioso conmigo —repite entre dientes— porque me excitaste en cuestión de segundos. Igual que ahora.

—Oh, lo siento.

—No me vengas con «lo siento». Coge un taxi y ve a casa. Yo llegaré en unos minutos.

—¿Ya ha terminado la reunión?

—No. ¿Ya has parado un taxi?

—No puedes irte así, sin más, Daniel.

Un cosquilleo me recorre la espalda. La voz de Daniel me está acariciando la piel y tengo que detenerme en plena calle porque me tiemblan las rodillas.

—Por supuesto que puedo. Me has llamado, me basta con eso. Si tanto quieren saber mi opinión, pueden venir mañana por la mañana. Yo ahora quiero estar contigo.

—Y yo contigo —suspiro.

—¿Ya estás en el taxi?

—¿Qué? No, no. —Recupero cierta calma—. Daniel, no puedes dejar plantados a esos señores. Y tampoco a Patricia —añado—. Ella te pidió que estuvieras.

Suelta el aliento. Patricia Mercer es la socia de Daniel y una de las pocas personas del mundo por las que él siente respeto y afecto. Cuando los vi juntos por primera vez sentí celos, lo reconozco, pero pronto me di cuenta de que se consideran amigos, quizá incluso una especie de hermanos. Nada más.

—¿Por qué diablos he dejado que me conocieras tan bien?

—¿Te arrepientes?

—Jamás. —No duda ni un segundo. Después coge aire y lo deja ir despacio—. Prométeme que subirás a un taxi y que irás a casa. Yo llegaré en cuanto pueda.

—Ya estoy en casa, ahora mismo estoy cruzando la puerta de la entrada. Buenas tardes, Cameron —saludo al portero del edificio.

—Buenas tardes, señorita. —Me sujeta la puerta y la cierra por mí.

—Está bien. ¿Por qué me has llamado? —me pregunta de repente—. ¿Te ha sucedido algo?

—No, nada. —Me sonrojo aunque no puede verme—. Sólo quería oír tu voz.

—Ya está, ahora sí que anulo la reunión.

—¡No, no! —ríe en voz baja—. Termina la reunión. Yo estaré aquí. Esperándote.

—¿De verdad?

—Sí.

—Dímelo.

—Estaré aquí. Esperándote.

El ascensor se detiene en mi piso. Salgo y me doy cuenta de que mientras hablo con Daniel no me fijo en nada de lo que sucede a mi alrededor.

—¡Dios, Amelia! —Tiene la voz ronca—. Necesito que me ayudes. Si salgo así del despacho voy a arrancarle la cabeza al primer ejecutivo sin cerebro que se atreva a hablarme.

—No, no lo harás. —Cierro la puerta detrás de mí, me quito los zapatos y el sonido de las medias al rozar el suelo de madera me produce un escalofrío—. Eres Daniel Bond y vas a demostrárselo, vas a negociar el mejor contrato que han visto jamás y se irán dando gracias al universo por no haberte tenido de adversario.

Daniel sonríe, lo sé.

—Yo sólo quiero ser tuyo.

—Lo eres, y cuando llegues volveré a demostrártelo.

—Voy a colgar. —Ha tragado saliva antes de hablar.

Me quedo mirando el móvil unos segundos y con el pulgar acaricio la pantalla donde ha aparecido el rostro de Daniel. Se enfadó conmigo el día que le hice la fotografía; estábamos en la casa de Hartford y él se había quedado dormido en el jardín. Me dijo que no podía usarla. No le hice caso, obviamente, y sé que a él le gusta que no se lo hiciera.

Adoro esta fotografía, a Daniel le cuesta tanto estar en paz consigo mismo que los contados instantes que lo consigue deberían ser immortalizados. Él está aprendiendo a ser feliz, a dejar atrás el odio, los remordimientos y las acusaciones que no llevan a nada.

Dice que sin mí no lo logrará, pero en realidad soy yo la que jamás será feliz si él no está a mi lado. Me estremezco sólo de pensarlo.

Sacudo la cabeza y dejo el móvil en la entrada. La primera vez que entré aquí, en el dúplex de Daniel, tuve frío. Es precioso, tiene una pared completamente de cristal desde la que se disfruta de una vista espectacular de Londres. Quita el aliento. Los muebles son mayoritariamente blancos, exceptuando los detalles negros distribuidos con suma elegancia. Es tan perfecto que podría ser la portada de la revista de decoración más sofisticada del mercado, y estaba tan vacío de emociones que se me ponían los pelos como escarpas cada vez que entraba.

Además, ¿cómo era posible que un hombre con el fuego de Daniel viviese en ese témpano de hielo? La respuesta, ahora la sé, es que Daniel no vivía allí. Daniel existía; era el mejor en su trabajo, el mejor amante, el mejor jugador. El mejor. Y nunca sentía nada.

Tenía sus normas.

Y se las he arrebatado una a una. El uno al otro.

Ahora mi abrigo, el que me regaló Daniel, cuelga en la entrada. El jarrón, que antes sólo tenía lirios blancos, está lleno de rosas. Hoy no, pero a veces esas rosas provienen del jardín de Hartford. Y hay una fotografía nuestra encima de la repisa de la chimenea.

Es una instantánea en blanco y negro absolutamente preciosa. Nos la hizo Marina, mi mejor amiga, en una cena de la ONG. Al principio Daniel no quería asistir, pero lo hizo para estar a mi lado, y por otros motivos que no quiero recordar.

Bailamos. Él me acarició la nuca y me miró a los ojos. No dijo nada, sólo me miró, y yo a él.

Y Marina capturó ese instante sin que nos diéramos cuenta.

Es una de mis posesiones más valiosas.

Pensar en Marina me ha recordado el expediente que tengo guardado en el bolso. Se trata de una consulta que una empresa petrolera ha hecho a la ONG. Al principio me sorprendió que una petrolera se tomase en serio el medio ambiente, pero luego me reñí a mí misma por no ser objetiva. Y por creermelo todas las series de abogados.

Yo soy el ejemplo de que los estereotipos no se cumplen, y que hay que ser muy valiente para reconocer lo que necesitas de verdad y atreverte a pedirlo.

Como Daniel.

—No, no puedes volver a pensar en él. Tienes que trabajar —me digo en voz alta.

Saco la carpeta de plástico azul del bolso; tiene forma de sobre y se cierra con un botón negro. En el interior he guardado mis anotaciones y los documentos que había empezado a redactar Marina. Ah, y éste es el segundo motivo por el que este caso me resulta peculiar.

Marina se ocupaba de él.

James Cavill, el abogado que representa a la petrolera, se reunía siempre con ella. Y lo cierto es que la atracción entre ellos dos era —es— tan evidente que me encerraba en mi despacho para no entrometerme. Marina lo pasó muy mal cuando lo suyo con Raff no funcionó, y quería darle intimidación para conocer mejor a James. Marina es la mejor: estuvo a mi lado cuando descubrí a Tom, mi casi marido, en plena infidelidad. Me animó a que me mudase a Londres y también, cuando dejé a Daniel, asustada por lo que los dos estábamos sintiendo, me recordó que para el amor no hay que tener miedo.

Quiero que Marina sea feliz, tanto como yo. Me duele ver que ella y Raff no son capaces de arreglar las cosas, y más cuando sé que él la ama y la desea con locura. Pensé que James era la solución. Es increíblemente atractivo, elegante, desprende sensualidad con la mirada y tanta fuerza que dan ganas de tocarlo para ver si está hecho de hierro. Si yo no estuviese completa, ciega, irremediable

y eternamente enamorada de Daniel, me resultaría imposible no fijarme en él.

Es perfecto para Marina. Estas últimas semanas ella había vuelto a sonreír, y sé que la otra noche salieron a cenar. Ella misma me confesó lo nerviosa que estaba por esa cena. Pero esta mañana Marina ha entrado en mi despacho, ha dejado la carpeta azul encima de la mesa y me ha dicho que me ocupe yo de terminar el informe. Evidentemente le he preguntado por qué.

—Tengo mucho trabajo, y a ti el derecho medioambiental siempre se te ha dado mejor que a mí.

—No es verdad —repliqué—. ¿Ha pasado algo con James? ¿Fue durante la cena?

—No, no ha pasado nada —ha mentido—. Tengo que terminar unos informes urgentes para ACNUR. Tienen prioridad.

He enarcado una ceja y ella me ha acercado la carpeta.

—Hazlo por mí —ha añadido.

Con esa última frase, me ha convencido. Y lo que he visto en sus ojos antes de que se fuera a toda prisa me ha obligado a no preguntarle nada más. Marina es de esa clase de mujeres tan fuertes que no soportan mostrar debilidad. Sé que todo el mundo cree que es indestructible, incluso yo lo creía antes de conocerla mejor, pero en realidad tiene el corazón más sensible con el que me he tropezado jamás.

Si James le ha hecho daño, tendrá que vérselas conmigo. Tengo que reunirme con él mañana a las once y estoy segura de que ella no estará en las oficinas a esa hora. ¿Qué les habrá pasado?

Me suelto el pelo y me llevo los papeles al sofá. Leo varias veces los documentos que preparó Marina y no me sorprende descubrir que son prácticamente perfectos. Hago también una doble lectura de la información que James nos proporcionó al solicitar el informe y anoto unas cuantas preguntas en los márgenes. Pasan las horas y las luces de la ciudad que me hacen compañía colándose por la ventana cambian de color.

Estoy cansada y necesito ver a Daniel. No sé si con el paso del tiempo se aflojará este anhelo; lo cierto es que no lo creo, pero he estado a punto de perderlo demasiadas veces. No quiero acordarme de esos momentos, los hemos superado y ahora estamos juntos, complementándonos.

Estiro los brazos y tras incorporarme voy hacia nuestro dormitorio. Mi pasado con Daniel está lleno de amor, pero ha habido demasiado dolor. Un escalofrío me sobrecoge, la imagen de él en coma después del accidente me detiene siempre el corazón.

Dejo correr el agua de la ducha y espero a que el vapor se adueñe del interior del baño, así quizá logre entrar en calor. Preparo el albornoz, el de Daniel, de suave y mullido algodón blanco. Yo tengo otro, creo que sólo me lo he puesto en una ocasión, prefiero utilizar el de él porque siento que me envuelve en sus

brazos.

Entro en la ducha, la mampara de cristal está completamente empañada por el vapor. Cierro los ojos y me coloco bajo el chorro. Con las manos me aparto el exceso de agua de la cara y dejo que las gotas me resbalen con fuerza por la espalda. El dolor ha quedado atrás, lo sé, pero hay momentos en los que me cuesta creerlo y noto como si un glaciar clavase sus garras dentro de mí.

Y el único capaz de fundirlo y ahuyentarlo es Daniel.

—Eres preciosa.

Abro los ojos y me da un vuelco el corazón al verlo de pie bajo la puerta...
Mi Daniel siempre sabe cuándo lo necesito.

—Daniel —pronuncio su nombre temerosa de que desaparezca, de haberlo conjurado con mi deseo.

—He hecho lo que me has pedido.

No aparta la vista de mí ni un segundo y es como si el agua desapareciera porque lo único que siento encima de mi piel son sus ojos.

No lleva la americana, estará sobre la cama o colocada en el respaldo de una de las sillas del salón. O en el sofá, junto con la corbata que tampoco lleva. Empieza a desabrocharse la camisa blanca; en cuanto aparecen las cicatrices que cubren partes de su torso se me corta el aliento, pero él las luce orgulloso porque significan que está aquí conmigo. Y que por fin es quien tiene que ser. Afloja los puños y la prenda cae al suelo. Levanto una mano para acariciarlo y tropiezo con la mampara de cristal. Abro los ojos y me humedezco el labio inferior.

—Espera —susurra él.

Se detiene, estoy a punto de gritarle que siga avanzando pero las palabras se agolpan en mi garganta por culpa del deseo. Se quita los zapatos y yo cierro los dedos hasta clavarme las uñas en las palmas de las manos. La ropa es un estorbo cuando mi piel se muere por sentir la de él encima.

—He hecho lo que me has pedido —repite—. Les he demostrado que soy Daniel Bond.

Con paso firme se acerca a la ducha donde me estoy ahogando de amor por él, pero vuelve a detenerse.

—No... —balbuceo.

Las pupilas de él arden en llamas.

—Ahora necesito que me demuestres que soy tuyo.

Coloco las manos en sus hombros; están a punto de fallarme las rodillas y necesito besarlo.

Voy a besarlo, sus ojos penden de los míos y me detengo. Estamos desnudos el uno frente al otro. Daniel debe de haber cerrado el grifo porque el agua ha dejado de caer. Estamos mojados, y a mí se me ha erizado la piel al sentirlo tan cerca. Levanto la mano derecha en busca de su rostro, y en cuanto mi palma se posa en su mejilla cierra los ojos.

—Eres mío.

Noto la mano de él en mi cintura... Le tiemblan los dedos.

—Quiero sentirlo. —Las palabras le arañan la voz.

Admiro a Daniel por la valentía con la que admite sus necesidades; cree que eso lo hace vulnerable cuando en realidad es todo lo contrario. Sin embargo, esta

noche está distinto: la firmeza de su torso al respirar, la decisión de sus hombros... no me mira.

—Daniel, ¿por qué no me miras?

—No puedo.

—¿Por qué? —Empieza a asustarme—. ¿Ha sucedido algo?

Me aprieta la cintura y veo que le vibran los muslos del control que está ejerciendo para no moverlos.

—La reunión ha sido como las de antes —dice a regañadientes.

¿Antes? Espero unos segundos y el silencio de Daniel me hace comprender que tengo que entender a qué se refiere. Él no va a explicármelo, está demasiado... ¿contenido? Es igual que el fuego encerrado en una habitación, sólo falta que alguien abra la puerta para que se convierta en un infierno.

—¿Antes de estar conmigo? —Deslizo la mano por su rostro, le acaricio la mandíbula y la detengo en su abdomen.

—Sí —suspira aliviado—. Patricia los ha acompañado a la salida y yo he vuelto a mi despacho. —Agacha la cabeza hasta que el mentón le roza el pecho—. He mirado por la ventana y la ciudad estaba igual. Como si no hubiera pasado el tiempo.

Acto seguido se yergue y abre los ojos. Los tiene húmedos y brillantes, negros con vetas cristalinas.

—Daniel...

—He tenido que coger el móvil y mirar una de tus estúpidas fotografías para asegurarme de que no te había soñado.

¡Oh, Dios mío! Daniel insiste en que no sabe amar, y en momentos así pido que no aprenda más.

—Mis fotografías no son estúpidas —respondo para no ponerme a llorar.

—Lo son, Amelia. Y me has convertido en un estúpido. —Sonríe—. No quiero ser el de antes nunca más.

—Nunca lo fuiste.

Suelta el aliento y afloja la mano que tiene en mi cintura para levantarla y apartarme un mechón de pelo de la cara.

—Demuéstrame. Demuéstrame quién soy, por favor. Lo necesito.

—Te amo, Daniel.

Él asiente y respira controladamente. Separa las piernas y echa hacia atrás los hombros. Una estatua creada por los dioses no sería tan magnífica ni desprendería tanta fuerza.

Cuando la suelte arrebatará el aliento. Me quedo hipnotizada mirándolo, podría pasarme el resto de la vida mirándolo y cada segundo me enamoraría más de él. Me he apartado y noto los azulejos de la pared de la ducha en mi espalda.

—Acércate a mí.

Daniel camina, el agua ha convertido su cuerpo en fuego líquido.

—Apoya la mano izquierda en la pared.

Sigue de inmediato mis instrucciones, cada directriz que obedece aviva el fuego de su mirada, y su erección solloza pegada a mi cuerpo. Así, ligeramente inclinado hacia adelante, nuestros alientos acarician nuestros labios. Me humedezco los míos y a Daniel lo delata el tic que tiene en la mandíbula.

Muevo la mano derecha en busca de la suya. Él estira los dedos al sentirla y cierra los ojos como si la caricia hubiese sido increíblemente sensual.

Lo ha sido.

—Dame la mano.

Entrelazamos los dedos y levanto la mano izquierda para acariciarle de nuevo el rostro. Resigo su labio superior con el índice; la boca de él se rinde despacio y cede a mi mano. Su lengua me roza titubeante el dedo y lo aparto. Él se muerde el labio inferior en un vano intento de contener un gemido.

Detengo la mano en su garganta y con el pulgar capturo una gota de agua que se deslizaba entre sus pectorales.

—¿Qué habrías hecho si yo no existiera? —le pregunto mientras guío las manos que tenemos unidas a mi cuerpo.

—Dios, Amelia, no me preguntes eso. —Apoya la frente en la mía y el bíceps del brazo que tiene en la pared se tensa—. No quiero pensarlo.

—Si yo no me hubiera mudado nunca a Londres, si me hubiese casado y quedado en Bloxham.

Me aprieta los dedos, que siguen entrelazados a los suyos, y abre los ojos.

—No digas eso —farfulla.

—Dime qué habrías hecho una noche como hoy, después de cerrar el negocio financiero más importante del año... —Coloco la mano que tengo libre en su erección y empiezo a acariciarla—. Dime qué habrías hecho hoy... —guío hasta mi sexo la mano que tiene enredada con la mía... si yo no existiera.

—No puedo, Amelia.

Capturo su miembro entre los dedos y los muevo hacia arriba y hacia abajo, despacio. Los detengo un segundo en la punta y la recorro con la uña del índice hasta sentirlo temblar. Su mano acaricia mi entrepierna.

—Habrías llamado a una de esas mujeres que se dejaban dominar por tí, que caían rendidas ante el poderoso y atractivo Daniel Bond, ¿no es así?

Vuelvo a mover la mano por su erección y separo levemente las piernas para que la de él pueda sentir lo excitada que estoy.

—No... No puedo pensar en nadie que no seas tú.

—Me alegro, porque para mí sólo estás tú. —Dirijo su mano hacia el interior de mi sexo y Daniel se estremece... Su excitación es tan intensa que veo que le tiemblan los muslos y que aprieta los dientes—. Y eres mío.

—Lo soy. Soy tuyo.

Cierro de nuevo las piernas, capturando sus dedos en mi interior. Él los mueve despacio, como si le fascinara sentir mi deseo.

—Claro que lo eres, amor. —Aprieto la erección antes de retomar mis caricias—. Bésame.

Sus labios se posan en los míos al instante, su lengua entra reverente en mi boca y me besa con una dulzura que me excita tanto como sus caricias. Podría estar así toda la noche, pero interrumpo el beso y le muerdo el labio inferior. Daniel aparta la boca y espera. Su respiración entrecortada inunda el silencio del baño.

—Más —pide él, creo que sin darse cuenta.

—No dejes de acariciarme, Daniel. —Junto los muslos y dejo que sienta lo cerca que estoy del orgasmo—. Y no me dejes terminar. Esta noche sólo quiero llegar al final contigo dentro de mí. Yo te tocaré, te acariciaré... —Muevo la mano por su erección—. No quiero que te contengas. Quiero que te corras una y otra vez.

—No.

—Sí, Daniel. —Separo los labios y deslizo una única vez la lengua por los suyos.

—No, no quiero correrme sin ti.

—Eres mío, Daniel. Me has pedido que te lo demuestre. Piensa sólo en mí, en el placer que me estás dando, en que mi cuerpo responde y se rinde por completo a ti... —susurro dejándome llevar por el deseo que únicamente él puede despertarme—. No pienses en ti; tu cuerpo es mío, Daniel. Tu mente, tu alma, tu corazón, tu placer me pertenecen. Lo único que tienes que hacer es dejarte llevar, yo sé lo que necesitas. —Sigo masturbándolo con una mano mientras que con la otra le acaricio el rostro y le aparto un mechón de pelo negro de la frente. Está a punto de correrse, el corazón tan desbocado que casi puedo oírlo, y con los dedos sigue acariciándome con delicadeza, arrancándome gemidos exquisitos, pero asegurándose de que no llego al final—. Eres mío, Daniel. Nunca fuiste de ninguna de esas mujeres, ni de nadie. Eres mío, amor. Siempre lo has sido.

—Sí, sí, sí... —suspira, perdido ya en su entrega.

Lo sujeto por la cintura y dejo que sienta el tacto de mis uñas un segundo. Detengo la mano que aferra su miembro. Unas gotas de sudor se deslizan por su frente y se pegan a la mía; una de ellas se escapa y cae entre los dos hasta depositarse y fundirse en uno de mis pechos. La sigo con la mirada y me parece tan íntimo que incluso esa pequeña parte de él me pertenezca que quiero más. Y sé que Daniel necesita más.

—No dejes de tocarme, Daniel —musito despacio por culpa del deseo.

—No lo haré.

Cierro los ojos un segundo y me muerdo el labio inferior. Daniel es tan

sensual en su rendición que me resulta muy difícil contenerme.

—Voy a besarte —le anuncio y, al abrir los ojos, veo que está separando los labios— y tú vas a terminar en mi mano. —Intenta mover la cabeza para negarse, pero lo detengo—. Sí, lo necesitas. Necesitas entregarte a mí, recordar que ninguna de esas mujeres te excitaba lo más mínimo... —Una mueca de disgusto se dibuja en su rostro, pero desaparece en cuanto vuelve a oír mi voz—. Lo único que lograba excitarte era el poder, y nunca has tenido tanto como ahora.

—Amelia, por favor.

Tensa los músculos de las piernas. La erección que oprime mi mano es tal que la piel le quema y el brazo que está apoyado en la pared tiene las venas tan marcadas que debe dolerle.

—Controla mi placer, no dejes que llegue al orgasmo. Te pertenece a ti y quiero sentirlo cuando estés dentro de mí de verdad... Y déjate llevar. Siente mis caricias, amor. Ríndete a ellas y dame tu placer.

—Más, necesito más.

Por fin mueve las caderas, tiemblan tanto que siento como si el suelo de la ducha cediera bajo mis pies.

—Escúchame bien, Daniel. —Aprieto el miembro y él asiente frenético—. No dejaré de tocarte hasta que te corras. Y después volveré a tocarte, a excitarte, a atormentarte y, si quiero, te correrás de nuevo. Una y otra vez. Y cuando ya no te quede nada más dentro —aflojo la presión de la mano— volveré a empezar. Te excitaré y te llevaré al límite, porque me perteneces. No sabrás dónde empieza y termina tu cuerpo porque toda tu piel será mía. Y entonces, y sólo entonces, dejaré que me hagas el amor y terminaré contigo en mi interior. ¿Lo has entendido?

—Sí, sí...

—Pues deja de luchar contra lo que sientes y córrete.

El orgasmo golpea a Daniel como un tsunami. Se estremece y grita mi nombre mientras su miembro tiembla y eyacula en mi mano. Él no cambia de postura, mantiene los pies firmes en el suelo, como si fueran su única ancla en este mundo, y no deja de mirarme. Ni de tocarme.

A pesar de la tormenta que sacude todo su cuerpo, la mano con la que acaricia el interior de mi sexo es suave y delicada. Y sus ojos no dejan de mirarme. Sí, su cuerpo está preso por un placer arrollador, un placer sexual y carnal pero él, Daniel, sigue pensando en el mío.

Deja de eyacular, pero sigue temblando y mirándome.

—Quiero besarte —susurra con la voz ronca por el deseo.

—Bésame.

Me besa como si me estuviera haciendo el amor con la boca. Me muerde el labio y nuestras lenguas se acarician y se enlazan en una lucha por el dominio.

Sus dientes chocan con los míos y no sé a quién pertenecen los gemidos de placer que suenan a nuestro alrededor.

Con mi mano izquierda en su cintura lo acerco a mí. Un gemido, éste claramente de Daniel, se oye por encima de nuestras respiraciones cuando su erección roza la piel de mi cuerpo. No lo he soltado y mis dedos empiezan a acariciarla despacio.

—No, por favor, Amelia —suplica, a pesar de que mueve de forma inconsciente las caderas.

—Tú sigue pensando en mí —susurro pegada a sus labios—. Tócame, acaríciame... —Le lamo los labios—. Una vez más, Daniel, confía en mí.

Asiente y cierra de nuevo los ojos. Sus caderas siguen el ritmo de mis caricias mientras continúa moviendo suavemente unos dedos dentro de mí. Aprieta la mandíbula y le tiembla el torso. La erección vuelve a estar rígida en mi mano, sedosa.

—Voy a dejar de tocarte —murmuro cerca de su boca.

—No, por favor...

—Sí, tranquilo. —Aflojo los dedos muy despacio—. Acércate a mí.

Los muslos de Daniel tiemblan al eliminar el único obstáculo que nos separa. Su erección se estremece prisionera entre su estómago y el mío. Su mano sigue moviéndose lánguidamente en mi sexo.

No ha apartado los ojos de mí y, cuando las mitades superiores de nuestros cuerpos se tocan, el fuego que hasta entonces ha ardido controladamente en su mirada se extiende y prende con fervor. Aparta la mano que tiene en la pared y me acaricia el rostro con ella. Y entonces Daniel, mi Daniel, hace algo sorprendente.

No me pide nada, ni espera a que yo se lo pida u ordene... Sencillamente hace lo que siente y me besa.

Los labios que me dan ese beso son los del hombre que amo, un hombre que ha sobrevivido a más pesadillas de las que cualquiera podría soportar y que ha salido más fuerte de ellas.

Su lengua acaricia la mía mientras con una mano me sujeta el rostro y con la otra atormenta mi sexo. Mueve ligeramente las caderas. Su erección crece entre los dos y noto su humedad en mi piel. No va a dejar de besarme, cumplirá con lo que le he pedido. Me ha dicho que confía en mí y va a demostrármelo —otra vez —, pero no dejará de besarme.

Levanto los brazos y le rodeo el cuello. El beso aumenta en intensidad, en sensualidad... El sudor de nuestras pieles se mezcla y nuestros cuerpos resbalan. Enredo los dedos en su nuca y me aparto. Quiero susurrarle algo, algo muy importante, pero de mis labios sale un gemido al notar que él está a punto de alcanzar otro orgasmo.

—Daniel... yo...

Me mira a los ojos, tiene el pelo empapado, las pupilas completamente negras y los labios húmedos y rojos de nuestros besos.

—Tienes que darme permiso, Amelia. Por favor.

¡Dios!, tengo que cerrar los ojos un segundo para contener la avalancha de amor y deseo que siento por él.

—Por favor, Amelia —repite él malinterpretando mi silencio.

—Córrete, tócame. No dejes de tocarme, Daniel.

—No lo haré. Jamás.

Lo siento temblar, pero en esta ocasión Daniel me aparta de la pared para rodearme con el brazo con el que no me está tocando. Hunde el rostro en el hueco de mi cuello y, tras gritar su placer, me muerde. Noto sus dientes en mi piel, intuyo la marca que ha dejado en mi cuerpo y cierro los ojos con fuerza para contener el orgasmo. Daniel se aparta lo necesario para besar esa señal y la recorre con la lengua.

—Daniel, te amo.

Detiene la mano con la que me estaba acariciando y se aparta muy lentamente de mí. Me mira y me roba el aliento. Hay tantas emociones en sus ojos que necesitaré toda la vida para entenderlas.

—Tengo que estar dentro de ti, por favor. Te pertenezco, pero tú también me perteneces a mí. —Traga saliva—. Yo...

—Chis... No digas nada más y ven aquí.

Aparto con cuidado la mano de Daniel del interior de mi cuerpo y la acerco a mis labios para besar la muñeca y la cinta que simboliza una parte muy importante de nuestra relación. Tiro de él y le beso en los labios, le muerdo ligeramente hasta sentir que se estremece.

—Amelia —suspira mi nombre al estremecerse—, no puedo esperar más.

—Yo tampoco. Poséeme y no me sueltes nunca.

La boca de Daniel captura mis labios en medio de un rugido y me levanta del suelo para apoyarme en la pared y penetrarme. Me golpeo la cabeza con los azulejos y, de inmediato, él aparta una mano para colocarla detrás de mí y protegerme. Aguanta todo mi peso con el otro brazo y la fuerza de sus muslos y sus caderas.

Su cuerpo me rodea por todas partes, su pasión me aprisiona para siempre. Le rodeo la cintura con las piernas y le acaricio el pelo de la nuca. Suspiro dentro del beso y su pene se desliza y me quema por dentro. Se retira despacio hasta que lo único que queda en mi interior es la punta de su erección, forzándonos a los dos al máximo. Daniel nos tortura. Me besa como un amante dulce y tierno y me posee con la brutalidad y carnalidad de un animal salvaje. No deja de gemir mi nombre mientras repite que me ama y yo, asimismo, gimo el suyo. Es maravilloso, sincero. Duro y apasionado.

Somos nosotros.

Despierto en la cama, desnuda y cubierta por las sábanas blancas. Daniel está dormido a mi lado y su rostro me desconcierta. Tras lo de anoche no debería tener ningún rastro de oscuridad en él y, sin embargo, detecto la preocupación en las comisuras de sus ojos.

Le acaricio la frente y la mejilla.

—¿Qué nuevo secreto te atormenta? —le pregunto en voz baja convencida de que no va a escucharme.

—Tengo que irme de viaje.

Tiene los ojos completamente abiertos y fijos en mi rostro a la espera de mi reacción.

—Creía que estabas dormido —susurro. La luz que se cuele por la ventana todavía es tenue y quiero mantener la fuerte sensación de intimidad que creamos ayer con nuestros cuerpos.

—Tengo que irme de viaje —repite, obligándome a reconocer que lo he escuchado antes.

—¿Cuándo?

Me tumbo de lado para seguir mirándolo y también poder acariciarle el rostro y la parte superior del cuerpo. Todavía no sé qué le pasa pero, sea lo que sea, necesito recordarle que yo siempre estoy a su lado.

—Mañana. Hoy. —Se frota la frustración de la cara—. ¡Mierda!

La desesperación de anoche adquiere ahora otra dimensión. ¿Acaso cree Daniel que necesita recordarme lo que tenemos para poder irse unos días? ¿Acaso lo necesita él? Se me anuda el estómago y no me gusta nada la sensación.

—¿Dónde? ¿Durante cuántos días?

—A Edimburgo. Cuatro días... una semana como mucho. —Se incorpora furioso. Primero se sienta en la cama y creo que va a quedarse allí, pero se pone en pie de inmediato y se dirige al armario—. Tenía que ir Patricia, pero ayer en la reunión exigieron que fuera Daniel Bond.

—No hables de ti en tercera persona.

Se vuelve y me mira enarcando una ceja.

—Ya te dije que la antigua versión de Daniel sigue siendo muy convincente.

—No hay ninguna antigua versión de *Daniel*. Si quieres discutir conmigo, de acuerdo, pero no entiendo por qué. ¿Necesitas estar furioso conmigo para poder irte?

—¡No, maldita sea, no! —Lanza cuatro camisas blancas encima de la cama y, acto seguido, se vuelve para ir en busca de las corbatas.

—Entonces ¿qué necesitas, Daniel? —Me incorporo y me quedo sentada. Me

cubro con la sábana. No es timidez, sencillamente no quiero discutir desnuda.

Él se detiene y vuelve a pasarse las manos por el pelo. Está dándome la espalda y durante un segundo temo que vaya a seguir haciendo el equipaje sin contestarme, o que se encierre en el baño para ducharse y luego salga y se comporte como si no hubiera sucedido nada. La tensión de sus hombros, el leve cambio que se produce en ella, es el único gesto que delata la verdadera emoción que está sintiendo Daniel: confusión.

—¡Maldita sea! —farfulla—. Necesito no echarme de menos, Amelia. Necesito poder estar lejos de ti y ser capaz de ser yo. Necesito poder concentrarme en mi maldito trabajo y no estar imaginándome continuamente todo lo que te haré cuando te vea, o lo que te pediré que me hagas a mí.

—Oh, Daniel.

—Y eso no es lo peor de todo. —Se da por vencido y se acerca a mí. No se sienta en la cama, ni se queda de pie a mi lado, sino que se agacha junto al cabezal para que nuestras miradas se encuentren—. Lo peor es cuando empiezo a pensar en todo lo malo que puede haberte sucedido mientras no estoy a tu lado. Sé que no es normal, que ahora ya no tenemos nada que temer, que eres una mujer lista y brillante que si ve que corre peligro llamará a la policía o pedirá ayuda. Lo sé, créeme. Lo sé, pero no puedo evitarlo.

—No me pasará nada, Daniel. Y todo esto que sientes, yo también lo siento.

—Cuando ayer en la reunión insistieron en que fuera yo y no Patricia quien debería viajar a Edimburgo casi los echo del bufete. Patricia se dio cuenta de que me pasaba algo porque intentó convencerlos de que yo no podía ir.

—Patricia es la mejor.

—No, se pasará años restregándome por la cara que intentó salvarme —dice sin rabia—. Lo que quiero decir es que mi reacción fue tan evidente que Patricia tuvo que intervenir. Antes podía haberme pasado la noche con una mujer atada a la cama y nadie lo notaba.

Se me hiela la sangre y tengo ganas de arrancarle la piel a esa mujer.

—Claro, y no lo notaba nadie porque te daba completamente igual. Y muchas gracias por la imagen visual, Daniel. Podrías habértela ahorrado. —Retiro la sábana y salgo furiosa de la cama. Tengo que esquivarlo porque él no se aparta—. Estás intentando hacerme daño y no sé por qué, pero espero que para ti al menos valga la pena.

—Dios, lo siento, Amelia. No quería...

—No, Daniel, no. Tú no eres de la clase de hombre que dice algo que «no quería». Ni ahora ni *antes*. Lamento mucho que te asuste echarme de menos, si es que es eso lo que te pasa. O que sientas que necesitar a alguien, a mí, es una debilidad. No lo es. —Camino hasta el baño y me detengo en la puerta—. Y si pretendes decirme que lo que te pasa es que tienes miedo de que si no estás aquí conmigo me vaya con otro, creo que te abofetearé.

El brillo de sus ojos me confirma que también estaba pensando esa barbaridad.

—Cuando no te acompañé a la boda de Martha fuiste con Raff. —Se pone en pie y se acerca a mí indignado—. Cuando sólo éramos amantes fuiste a comer con tu exprometido sin decirme nada. —Enumera con los dedos cada una de mis supuestas citas—. Y mientras yo estaba en coma, incluso cuando me desperté, fuiste con Jasper varias veces.

—¡Jasper está con Nathan! Sabes de sobra que ninguno de los dos rompería su relación para estar con una mujer. Su relación es como la nuestra, o eso creía —añado en voz baja, y Daniel está tan enfadado que no me oye. O finge no haberme oído—. No te conté que salía a comer con mi exprometido porque en esa época tú no querías saber nada de mí, señor Bond. Y sabes perfectamente que me metería a monja antes que volver con ese cretino. ¿Y qué más has dicho? Ah, sí, Raff... ¡Es tu mejor amigo, Daniel! Por no mencionar que está enamorado de Marina y que jamás intentaría seducir a tu pareja. ¿Qué diablos te pasa?

—¡No lo sé! ¿Acaso crees que no me doy cuenta de que mi comportamiento es completamente irracional? ¿Acaso crees que me gusta sentirme así?

—Así ¿cómo?

—Como si fuera a morirme si no estás conmigo. No puedo ni pensar.

Se pega a mí y me besa apasionadamente. Enreda los dedos de una mano en mi pelo y me retiene entre sus brazos sin dejar de besarme. Me levanta del suelo y me lleva de vuelta a la cama. Este Daniel no es el de antes, pero tampoco es el que despertó de aquel coma: es un hombre lleno de fuego y pasión, y de tanto amor que no sabe contenerlo.

—Está bien, Daniel —le digo entre besos—. No pasa nada, es normal. Te acostumbrarás, te lo prometo.

—No, no voy a acostumbrarme. —Me mira como si le hubiese dicho que la Tierra es plana—. Levanta las manos. —Lo ordena con una voz tan ronca que no puedo negarme—. Tengo que irme dentro de dos horas y me he pasado la noche despierto pensando en todo lo que quería decirte y hacerte antes de irme.

—No tienes que acumularlo todo ahora —gimo al comprobar que él me ata las muñecas al cabezal de la cama con una cinta de seda—. Estaré aquí cuando vuelvas. Siempre.

No me escucha, o tal vez no puede oírme. Desliza las manos por mis brazos y las detiene en los pechos. Los acaricia despacio, con delicadeza, observando fascinado los cambios que se producen en mi piel. Después las aparta y me recorre el estómago y la cintura. Está entre mis muslos y acaricia primero uno y después el otro con admiración. Está casi ausente, tengo que hacerle volver a mí y tranquilizarlo. No voy a permitir que un estúpido viaje de negocios le haga dudar de nosotros.

Levanto una pierna de la cama y apoyo el talón en el hombro de Daniel. Él me mira a los ojos.

—Si de verdad crees que soy capaz de pensar en otro hombre —lo reto—, suéltame ahora mismo. —Traga saliva y aprieta la mandíbula—. Pero, si no, acércate y bésame por todo el cuerpo. Quiero que cuando te vayas mi piel huela a ti, que no quede ningún centímetro sin haber sentido tus labios. Decídetes, Daniel, ¿me sueltas las muñecas o empiezas a besarme?

Entrecierra los ojos, consciente de mi provocación. Sé que lo que pretende es discutir conmigo y no pienso caer en la trampa. Conozco a Daniel y sé que su modo de enfrentarse a la pérdida es éste, echando a la gente de su lado, convirtiendo su relación en una carga, en una debilidad. En algo prescindible. Conmigo no puede, y por eso está furioso consigo mismo, porque sabe que ha perdido antes de librar cualquier batalla.

Está inmóvil, así que tiro de la cinta de las muñecas. Me las ha anudado tan alterado que si tiro con fuerza podré soltarme. Daniel me detiene de inmediato y su boca se lanza encima de mí sin piedad. Noto su lengua deslizándose por mi sexo, furiosa y ansiosa por buscar cualquier traza de mi sabor. Levanto las caderas y Daniel me aprieta con fuerza y las retiene.

—Una cosa más, Daniel... —Gimo de placer, pero sé que me ha oído porque se detiene un segundo—. No te corras. Si te corres, te ataré a la cama y esos escoceses tendrán que buscarse a otro.

Vuelve a lamerme, a besar mi sexo con los labios, a gemir pegado a mi cuerpo.

—¿Y si no me corro? —Me muerde el interior del muslo—. Quieta...

—También te ataré a la cama. —Vuelve a deslizar la lengua dentro de mi y tiro de la cinta—. Te ataré boca abajo —sigo—. Te ataré los pies, uno a cada extremo de la cama, y las manos al cabezal. No podrás moverte.

Los labios de Daniel están desesperados, bebe de mí como si fuese a morir si no lo hace. Ahora tiene ambas manos en mis caderas y, aunque me retiene con firmeza en la cama, también flexiona los dedos al oír mis palabras.

—Más —me pide separándose un segundo.

—Te ataré las manos y me apartaré. Durante unos segundos creerás que me he ido pero entonces sentirás el suave escozor de un látigo de seda en la piel.

Me aprieta las caderas con tanta fuerza que tendré sus dedos marcados durante días. Mejor, así no lo echaré tanto de menos.

—Más.

—Es un látigo hecho a medida. Te golpearé despacio para que puedas sentir cada caricia, para que tu piel se acostumbre y necesite más. Bajaré el látigo por las nalgas suavemente, te atormentaré, jugaré contigo y te haré enloquecer de placer.

Gime pegado a mi sexo y el sonido, junto con el temblor, casi me provoca un

orgasmo.

—Más. —Se aparta para mirarme a los ojos, tiene el rostro empapado de sudor y ha desaparecido parte del miedo irracional de antes—. Por favor, Amelia. Tiene que bastarme.

Asiento y trago saliva. Por él haré todo lo que necesite.

—Utilizaré el látigo en las nalgas, pero no demasiado. —Vuelve a lamerme—. No quiero hacerte daño en la piel y, además, tengo otros planes. Me sentaré a horcajadas encima de ti y besaré las marcas del látigo. Todas y cada una, alguna también la morderé, otras tal vez no. Estarás al borde del orgasmo, como yo ahora. Intentarás moverte encima de la cama, buscar la fricción de las sábanas contra tu erección, pero no voy a permitirte.

—Sí, sí...

—Deslizaré una mano entre tus piernas y no dejaré que te muevas. No puedes eyacular encima de la cama como si yo no existiera, eres mío y me perteneces.

Me lame con tanto deseo que mi cuerpo tiembla de los pies a la cabeza.

—Amelia... —suspira.

Tengo que terminar de contarle lo que voy a hacerle. A Daniel le tranquiliza saber qué tengo pensado para poseerle, y le excita sobremanera.

—Te besaré la espalda, no dejaré ni un centímetro. —Repito lo que le he pedido antes—. Te besaré igual que me estás besando tú ahora. Exactamente igual.

Dios, su lengua ha recorrido todo mi interior y he sentido el estremecimiento que ha sacudido a Daniel en mi piel.

—¿Igual?

Está tan entregado al placer, a las imágenes que he conjurado en su mente, que ni siquiera sabe que me lo ha preguntado en voz alta.

—Igual —afirmo sin ocultar mi deseo—. Entraré dentro de ti y te besaré, serás mío. Y cuando hayas gritado mi nombre, cuando hayas eyaculado en mi mano sintiéndome dentro de ti de este modo tan íntimo, te soltaré. Aflojaré las cintas y te daré la vuelta. Tú me besarás y me abrazarás. No podrás dejar de tocarme.

Desliza la nariz y atrapa el clitoris entre los dientes. Su lengua busca ansiosa mis gemidos y ya no puedo seguir negándoselos.

—Más. —La voz de Daniel me lleva al límite.

—Te haré el amor, me sentaré encima de ti y te meteré dentro de mí. No dejaré que apartes la mirada de mí, sólo podrás sujetarme por la cintura, guiar mis movimientos. Me moveré únicamente como tú quieras. Tal vez utilizaré una flor, una de las rosas que hay junto a la cama para acariciarte, o tal vez encienda una vela... Pero no dejaré que te muevas ni que me toques. Sólo tus manos en mi cintura y mis movimientos encima de ti. Y nuestros ojos mirándose. ¿Es eso lo

que quieres?

Mueve la cabeza sin apartar los labios de mi sexo.

—Sí —logra pronunciar.

—¿De verdad? ¿De verdad crees que serás capaz de soportarlo? ¿De verdad dejarás que te dé tanto placer con mis labios? ¿De verdad eres capaz de pertenecerme de esta manera?

—Sí, Amelia, sí. Por favor.

—Eres tú el que me ha atado las manos —le recuerdo tras gemir de nuevo—, eres tú el que me está torturando y poseyéndome. Enloqueciéndome de placer.

La lengua de Daniel me penetra y me retiene las caderas.

—Daniel —gimo al arquear la espalda. Estoy cerca, ansiosa por terminar y poder tocarlo de nuevo cuando él se aparta—. No —se escapa de mis labios.

Daniel se arrodilla entre mis piernas y me mira a los ojos. Desliza la lengua por la comisura de los labios y no oculta que mi sabor le hace perder la cabeza. Coge dos almohadas y las coloca debajo de mis nalgas. La fuerza de su mirada me ha arrebatado el habla y sólo puedo sentir. Dejarme llevar y sentir.

Veo que alarga la mano hasta una de las rosas que hay en el jarrón de la mesilla y la acerca a mi cuerpo. La detiene en mi obliquo y pasa levemente los pétalos por encima. La lleva más abajo y por fin entiendo el porqué de las almohadas.

—Tú puedes hacerme todo lo que me has dicho. —Desliza la flor por los labios de mi sexo. Tiemblan, estaba a punto de llegar al clímax y añoran el calor de Daniel—. Insisto en que lo hagas. Te lo suplico, pero ahora es mi turno. Y yo sí que voy a utilizar la flor.

—Con una condición —lo interrumpo antes de que me acaricie porque sé que voy a perder la capacidad de pensar.

—¿Cuál? —Enarca una ceja.

—Haz lo que quieras con la flor, pero tú entra dentro de mí.

Guía su erección hacia mi sexo y me penetra despacio. Sujeta el miembro con la mano que tiene libre y se para tras introducir la punta. Espera que mi cuerpo se adapte, nos tortura a los dos con esa sensación, y luego sigue penetrándome lentamente. Retrocede un poco y después vuelve a avanzar. Es una deliciosa agonía.

Cuando está completamente dentro de mí desliza la flor por encima de los labios de mi sexo y él también se estremece porque los pétalos también lo acarician.

—¿Algo más?

Si no fuera porque se le rompe la voz, le reñiría por ser tan engreído.

—Sí —musito.

Daniel mueve las caderas y juega con la flor.

—Córrete conmigo y no te contengas, no intentes dominarte. Deja que sea

tan fuerte y tan intenso como tenga que ser.

—¿Por qué? —me provoca retirándose de mi cuerpo. Tiene que morderse el labio inferior para no gemir y yo sonrío al verlo.

—Porque cuando me sueltes y te entregues a mí haré todo lo que te he dicho. Todo. —Se le oscurecen los ojos—. Te irás de aquí preguntándote cómo has sido capaz de tener miedo de nosotros. —Me penetra y hunde los pétalos entre los labios de mi sexo—. Dios, Daniel, juro que sabrás que eres mío durante el resto de tu vida.

—Y tú eres mía, tampoco lo olvides.

—Jamás podría olvidarlo. —Arqueo la espalda, intento levantar las caderas—. No necesito que me lo recuerdes... —Tengo que aguantar un poco más... porque no existe la posibilidad de que te olvide. ¡Daniel! Puedo sentir tu corazón dentro de mí.

Comprimo los labios de mi sexo, aprieto los muslos alrededor de Daniel y él rompe el tallo de la rosa que tenía en la mano. La flor cae en la cama y Daniel se derrumba encima de mí. Apoya las manos a ambos lados de mi cabeza y me besa desesperado. Frenético. Al borde de la locura.

—Lo siento, Amelia. Siento no poder contener lo que siento.

—No lo sientas —le pido interrumpiendo el beso— y no dejes de sentirlo. Por favor, Daniel, por favor.

—Amelia, Amelia —farfulla mi nombre—. Más... Amelia. Por favor. Más... Lo quiero todo... No dejes... que me vaya así... Más... Todo... Tuyo.

Cuando Daniel cede al deseo se entrega tanto que es incapaz de formular frases enteras o de contener lo que siente.

—¡Mío! —grito al alcanzar el orgasmo y Daniel se precipita conmigo.

Al terminar me suelta las muñecas y le hago todo lo que antes le he prometido. Lo ato a la cama, dejo que su piel sienta la caricia del látigo y le prohíbo que se corra sin mí. Le beso las marcas, las nalgas, le doy algo que nunca le ha dado nadie y que él jamás le ha permitido a otra persona y le hago enloquecer. Es mío, completa e irremediabilmente mío. Y cuando hacemos el amor tal como le he prometido que lo haríamos, le brillan los ojos y susurra que me ama.

Cuando despierto, se ha ido.

Debería dolerme todo el cuerpo después de lo que Daniel y yo hicimos anoche. Y esta mañana. Por no mencionar la falta de sueño y el cansancio. Pero lo cierto es que sólo puedo pensar en su mirada cuando me dijo que necesitaba «no echarme de menos».

—Es absurdo —me digo en voz alta al salir de la ducha.

Daniel nunca había tenido una relación estable, ni no estable. Se había jurado a sí mismo que jamás sentiría el más mínimo apego por nadie y ahora no sólo está enamorado, sino que ha sobrevivido a dos intentos de asesinato y ha descubierto que tiene sentimientos y que la pasión es el menor de ellos.

Necesita tiempo, me repito una y otra vez.

«No lo agobies», otra frase estrella de mi repertorio.

Entro en las oficinas de la ONG y suelto despacio el aliento. Mientras esté allí trabajando dejaré de ultraanalizar todos y cada uno de los detalles de anoche. Sólo sirve para preocuparme o para excitarme, y ahora, sin Daniel, no quiero hacer ni lo uno ni lo otro.

La reunión con James Cavill es dentro de una hora y, tal como había anticipado, Marina no está en el trabajo. Oh, estoy segura de que si la llamo tendrá una excusa perfecta y verídica, pero no voy a atosigar a mi amiga.

Hoy voy a darle tregua a todo el mundo.

Suena el teléfono y cuando veo el número en la pantalla sonrío y se me acelera el corazón.

—¡Daniel! —Prácticamente suspiro aliviada.

—Hola —contesta él tras carraspear—, sólo quería decirte que he llegado bien y que voy hacia la primera reunión.

Sé que está dando rodeos, lo hace siempre que se encuentra en una de esas situaciones emocionalmente desconocidas para él.

—Yo también tengo una reunión.

—¿Con quién?

—Con James Cavill.

—¿El mismo James Cavill del que dijiste que si no estuvieras conmigo te parecería irresistible?

—Se lo dije a Marina, y sabes que lo hice para animarla. ¿Sabes una cosa?

He cambiado el tono de voz para hacerle ceder y espero a ver si ha funcionado.

—¿Qué? —refunfuña.

—Todavía te siento dentro de mí. Si cruzo las piernas y cierro los ojos puedo sentirte moviéndote dentro de mí.

—¡Por Dios, Amelia! —Baja la voz—. Estoy en el vehículo que ha venido a recogerme al aeropuerto.

—¿Tú todavía puedes sentirme, Daniel? Si cierras los ojos me notas encima de ti, moviéndome alrededor de tu erección. Acariciándote la espalda, entrando en tu interior.

—Sí, Amelia, pero no me hace falta cerrar los ojos. Nunca me ha hecho falta. Siempre te veo y te huelo en mi piel.

—Gracias por llamarme.

—De nada. —Me lo imagino sonrojándose. El temible Daniel Bond se sonroja, es un secreto.

—Lláname esta noche. Te estaré esperando.

—Lo haré. —Le cuesta hacer de pareja, pero igual que todo lo que se propone, lo hace con todo su ser y sin concesiones.

—Ya te echo de menos —susurro.

—Y yo.

Cuelgo antes de decirle que lo amo o de que él note que se me ha llenado la voz de lágrimas.

Llego a mi despacho y tengo el tiempo justo de recomponerme y de preparar mis cosas antes de que llegue James Cavill.

Es un hombre magnífico y no oculta que le sorprende, y que no le hace ninguna gracia, encontrarme a mí y no a Marina.

—Buenos días, James —lo saludo y lo invito a entrar en mi despacho y a tomar asiento—. Es un placer volver a coincidir contigo.

—Me temo que no puedo decir lo mismo, Amelia, espero que no te ofendas.

—No me ofendo. —Estar con un hombre tan directo y sincero es refrescante y relajado, aunque empiezo a sospechar que el señor Cavill no es tan fácil de entender como aparenta.

—¿Dónde está Marina? —Ocupa el asiento que le he ofrecido y se cruza de brazos—. ¿Le ha sucedido algo? —pregunta entonces preocupado, deshaciendo la posición de sus brazos para apoyar las manos en mi mesa.

—No, no le ha sucedido nada —contesto—. Marina está bien, James —añado al ver que no termina de creerme—. Tiene que entregar unos informes muy importantes a ACNUR y me pidió que la sustituyera en esta reunión.

Él entrecierra los ojos y me observa con detenimiento.

—¿Desde cuándo existen estos informes tan importantes?

—Me temo, James, que no puedo decírtelo. En realidad, ya te he explicado demasiado. Espero poder contar con tu discreción.

—Mi discreción es lo de menos, pero la tienes asegurada. Sólo quiero saber si esos informes han aparecido de repente y le han proporcionado una excusa, o si ha recurrido a ellos desesperada porque no quería verme.

—¿Qué le has hecho a Marina? ¿Por qué no iba a querer verte?

Sí, definitivamente James Cavill es mucho más complicado de lo que aparenta.

—No le he hecho nada. Y no sé por qué no quiere verme, aunque puedo imaginármelo.

—¿Por qué?

—Me temo, querida Amelia, que eso no es asunto tuyo. Tendrá que contártelo Marina. Seguro que lo entiendes, dudo que a ti te gustase que el señor Bond hablase de vosotros.

Vaya, ha comparado su relación con mi amiga con la mía con Daniel. Interesante. Equivocado pero interesante. Es imposible que él y Marina tengan la misma relación que Daniel y yo.

—Está bien —accedo—. ¿Podemos hablar del informe medioambiental o seguimos comportándonos como adolescentes?

James se ríe y relaja el ambiente.

—Me gustas, Amelia. De un modo platónico y sólo como amigos —puntualiza levantando las manos—. No eres lo que yo necesito, no te ofendas.

—No me ofendo.

—Y, además, tú y el señor Bond tenéis lo que más envidio.

—¿Una relación complicada? —sugiero en broma.

—Una relación auténtica. Sin falsedades.

El brillo de los ojos de James lo delata. Ese hombre ha sufrido tanto como Daniel y sabe que el único modo de sobrevivir es con la persona adecuada a su lado. Marina, tengo que hablar con Marina.

—Gracias. —No sé si es lo más apropiado, pero es lo único que se me ocurre.

James asiente y parpadea y, al terminar, vuelve a tener los ojos de antes, los de un seductor sin preocupaciones.

—Si no te importa, prefiero dejar la reunión para más tarde. —Saca el móvil del bolsillo y mira la pantalla. Deduzco que está consultando su agenda—. ¿Qué te parece si te invito a tomar un café e intento sonsacarte información sobre Marina?

—No voy a contarte nada, James. Lo siento.

—Me doy por avisado. Te invito a tomar un café de todos modos. Llevo unos días horribles y me apetece desconectar un rato, fingir que soy un tipo normal. ¿Qué me dices? ¿Crees que el señor Bond me arrancará la cabeza si charlamos un rato?

—El señor Bond está de viaje, pero aunque estuviera aquí no te arrancaría la cabeza. —Creo—. Deja que coja mis cosas, a mí también me apetece ser una chica normal durante un rato y hacen un café buenísimo en la esquina.

—Gracias, Amelia.

—De nada, James. —Le sonrío y añado—: Tal vez he aceptado para sonsacarte información y dársela a Marina.

—Mi querida Amelia. —Me aparta la silla—. Éste es exactamente el motivo por el que te he invitado.

Cierro la carpeta azul y me pongo en pie. James se retira y me espera junto a la puerta de mi oficina. Me aseguro de llevar el móvil conmigo y salimos a la calle. No llueve como el día anterior pero el ambiente sigue siendo frío, así que todas mis extremidades agradecen entrar en la cafetería.

Es un local precioso. El papel de las paredes es floreado y los muebles están lacados de distintos colores. Todos los camareros son jóvenes universitarios, o lo parecen, y hay libros en todas las mesas para los clientes. Incluso puedes llevártelos si rellenas una especie de ficha bibliotecaria.

Está lleno, no me sorprende, y tenemos que esperarnos unos minutos en la entrada. James no me pregunta directamente por Marina, sino que se interesa, y confiesa que le sorprende, mi elección profesional. Según él, tengo cara y actitud de juez.

Sonrío y le digo que jamás se me ha pasado por la cabeza dedicarme a la carrera judicial. A partir de ese momento soy yo la que le pregunta cómo es trabajar en un sector con tan mala reputación como el de las compañías petroleras. James se burla y dice que no lo invitan a demasiadas cenas de veganos... Su conversación es ágil, amena, pero descubro que al mismo tiempo quiere cerrar el tema. Por suerte, quizá para ambos, en aquel instante aparece la encargada de la cafetería y nos acompaña hasta una mesa.

Es una mesa redonda para dos que está justo en un rincón, al lado de una estantería blanca llena de libros encuadernados con tela. En la mesa opuesta hay dos señoras que podrían ser mis abuelas; en otra, cuatro chicos con libretas encima de la mesa que no paran de hablar y de tomar notas.

Después de pedir nuestras bebidas, James es el primero en retomar la conversación.

—No voy a pedirte que me cuentes nada de Marina, ni que intercedas a mi favor con ella... No es mi estilo.

—No me lo parecía.

—Pero necesito que me digas si está bien.

La frase, el modo en que la ha pronunciado, me recuerda tanto a Daniel que James Cavill adquiere profundidad ante mis ojos. Lo observo con atención.

Los hombros tensos, la mirada seria y dura que sin duda utiliza para esconderse. La actitud defensiva y dominante, controlando completamente cualquier reacción que pudiese traicionarlo. Y la mano que tiene encima de la mesa, los dedos que no puede evitar flexionar para contener la rabia.

Sin darme cuenta coloco mi mano encima de la de él. Quiero ayudarlo, recordarle que existe gente que no necesita hacer daño a los demás.

James me mira, durante un segundo me recuerda a un ciervo asustado en medio de la carretera, pero de inmediato se endurece y oculta lo que siente.

Excepto la angustia.

—Dime que Marina está bien.

—No sé qué ha pasado entre vosotros, James, y no quiero traicionar la amistad de Marina. —Cojo aire y me dispongo a seguir—: Antes de que tú llegaras ella y...

—Raff —pronuncia James.

Primero pienso que está al tanto de la situación y que me ha interrumpido para decírmelo, pero aparta de inmediato la mano de debajo de la mía y levanta la mirada.

Hay alguien detrás de mí.

—Vaya. —La voz de Raff me produce escalofríos. Nunca le había oído tan furioso, ese tono entre enfadado y dolido no encaja con la imagen que tengo de él. Para mí Raff es un encanto, el mejor amigo de Daniel y uno de los míos—. Vaya, vaya. Veo que hiciste bien en advertirnos sobre ti, James.

—No, Raff. —James se pone en pie como si quisiera acercarse al otro hombre, pero no se aparta de la mesa.

—¿Has encontrado mesa, Raff?

Me vuelvo sorprendida al oír la pregunta de Marina. Es imposible que el destino se esté burlando de mí de esta manera.

—Hola, Marina —la saludo entre el duelo de miradas que mantienen Raff y James.

—Amelia. —Se detiene detrás de Raff y coloca una mano en su antebrazo—. ¿Qué estás haciendo aquí con James?

—James ya nos dijo que le gustaban los desafíos —le explica Raff provocando a James con un tono insultante—. Y no se me ocurre mayor desafío que intentar seducir a la mujer de Daniel Bond.

—¡Raff! —Me pongo en pie y me vuelvo de inmediato. Estoy en medio de él y de James y noto que las miradas de los dos intentan atravesarme.

—Apártate, Amelia, y da gracias a que he sido yo el que ha entrado en este café y no Daniel.

—Pero ¿qué estás diciendo, Raff? Sabes perfectamente que eso es una estupidez. Lo sabes —afirma James a mi espalda.

—Yo sólo sé que Marina no quiere volver a verte más, y ahora entiendo por qué.

—Marina, todo esto es ridículo —insisto.

—Tú no entiendes nada, Raff. —James sale de detrás de mí y se planta delante de Raff—. Nada. Y en cualquier caso, me dejaste muy claro que no querías entenderlo. ¿No es así? —Le sujeta por la manga del abrigo.

—Suéltame, James.

—Ésta es la primera vez que te veo reaccionar. —Desvía la mirada de Raff a Marina con tanta precisión que no sé a cuál de los dos se refiere o si se refiere a

ambos—. La primera, y si para volver a lograrlo tengo que seducir a Amelia, lo haré. Al parecer los celos es lo único que os ha obligado a admitir que sucede algo entre nosotros.

—¡¿Qué has dicho?! —«¿Cómo que va a seducirme? ¿Quién se cree que es? ¿Quién cree que soy yo?»

—Yo... —oigo balbucear a Marina—... tengo que salir de aquí.

Da media vuelta, esquivo a un camarero y se precipita hacia la puerta.

—¡Espera! —Cojo mi abrigo y el bolso y miro a James—. Ni tú ni nadie va a seducirme, ¿entendido?

—Entendido —conviene con la mandíbula rígida. Todavía tiene a Raff sujeto por la manga del abrigo y el amigo de Daniel desprende tanta furia que me temo que esto terminará a golpes.

—Voy a buscar a Marina. —Me dirijo ahora a Raff—. Tú haz el favor de dejar de comportarte como un cretino y arregla esto.

Me voy antes de que Raff me conteste, aunque me parece oír a James diciendo:

—No lo hará. Tiene demasiado miedo, ¿no es así, Raff?

Encuentro a Marina llorando en el semáforo. Intenta contener las lágrimas y mantenerse estoica, pero en cuanto me ve le tiembla el labio inferior y le resbalan las lágrimas por el rostro.

—¿Te gusta James? —me pregunta balbuceando.

—¡¿Qué?! —le contesto atónita—. ¡No! No me gusta James. —Me río a pesar de que ella sigue seria—. No me gusta James, ni Raff, ni nadie. Soy un caso perdido. Estoy completamente enamorada de Daniel, y tú lo sabes. Sabes por todo lo que he pasado para estar con él, ¿acaso crees que lo echaría a perder por un flirteo, o por un lío?

—No —reconoce ella desviando la mirada hacia el semáforo.

—Pero aunque no estuviera con Daniel, aunque estuviera sola y James se me acercase, no aceptaría sus avances.

—¿Por qué? —Me mira de nuevo.

—Porque a ti te gusta. Y eres mi mejor amiga. Por eso.

Marina baja la guardia y un sollozo sale de entre sus labios.

—Oh, Amelia, no sé qué hacer...

La abrazo y dejamos que el resto de los transeúntes nos esquiven.

—Tranquila, todo va a salir bien.

Horas más tarde, cuando estoy en casa metida en la cama y echando tremendamente de menos a Daniel recibo una llamada que me demuestra que él siente justo lo contrario.

—Daniel... —Descuelgo casi sin aliento, mi voz transmite mi anhelo.

—¿Cómo has podido...? —La rabia me golpea físicamente—. Dime, ¿cómo has podido?

—¿Daniel!?

—No hace falta que te busques excusas.

—No sé de qué me estás hablando —trago saliva— y me estás asustando.

—De ti y de James Cavill. Tranquila, puedes dejar de fingir, con él seguro que todo será más fácil.

Va a terminar la llamada, lo sé y se me detiene el corazón. Tengo que impedírselo.

—No te atrevas a colgarme, Daniel. Y deja de decir estupideces. —Recurro a mi voz más autoritaria a pesar del dolor que me atraviesa el corazón y de las ganas de llorar—. Entre James y yo no hay nada, y no puedo creerme que haya tenido que decirte esta frase en voz alta. Deberías saberlo.

—Raff me ha llamado.

Suerte que estoy en la cama, porque me habrían fallado las piernas.

—No sé qué te ha contado Raff, pero aunque te hubiese dicho que me ha encontrado desnuda en la cama con James, cosa que no es verdad —añado entre dientes—, no deberías creértelo. Te estoy diciendo que entre James y yo no hay nada. Estoy sola en casa, pensando en ti, echándote de menos. Pensando en lo que te haría si te atrevieras a decirme esto mirándome a los ojos.

—No te culpo por haberte fijado en otro hombre.

—Daniel, no nos hagas esto —farfullo y ahora sí que dejo que oiga que estoy llorando—. No nos hagas esto. Ahora no.

—¿Has visto a James? —me pregunta, en su voz noto el dolor y la angustia, y también que (por fin) está dispuesto a escucharme.

—Sí, tenía una reunión con él y después hemos ido a tomar un café. Hemos ido a esa cafetería de los libros y cuando le estaba dando la mano han llegado Raff y Marina.

—¿Por qué le dabas la mano?

—Porque estaba sufriendo. No sé qué te ha contado Raff, y me duele que te haya llamado. No sé si lo ha hecho para hacerle daño a James, aunque es lo único que se me ocurre que puede explicarlo. La realidad es que no existe nada entre James y yo, Daniel.

—Cuando ha acabado la reunión de esta tarde me han invitado a cenar. —El cambio de tema me sorprende y tardo un segundo en asimilarlo—. Hemos ido a un restaurante muy selecto de Edimburgo, ahora no recuerdo el nombre, y antes de que trajeran los postres he ido al baño.

Aprieto el teléfono con fuerza. Tengo la espalda empapada de sudor y el corazón me está magullando las costillas.

—Me ha seguido una mujer —sigue Daniel—. La he visto con el raballo del ojo. Era muy atractiva. Rubia, con el pelo largo y ligeramente ondulado, llevaba

un vestido negro que resaltaba su figura, insinuando lo justo, dejando mucho a la imaginación. Me ha esperado y cuando he salido del baño se ha acercado a mí.

—Daniel...

—Me ha susurrado al oído el nombre del hotel en el que estaba alojada y su número de habitación. Y me ha dicho que me esperaría toda la noche.

—¿Y tú qué le has dicho?

Daniel

Estoy harto de hablar con gente. Las imágenes de anoche no me dan tregua y se repiten de manera constante en mi mente. Noto los labios de Amelia en mi espalda, el látigo rozándome la piel, el sudor cubriéndome el torso mientras ella me aprieta la erección para impedir que me corra.

—Será mejor que nos tomemos un descanso. Seguiremos dentro de cuarenta minutos. —Me pongo en pie y los ejecutivos del banco también se incorporan. Uno se frota la nuca. Otro saca el móvil del bolsillo y teclea frenético un mensaje.

Todos llevamos demasiadas horas aquí dentro. Antes de Amelia no me habría fijado en esos detalles o, de hacerlo, los habría ignorado. Y ahora me recuerdan que yo también necesito oír la voz de alguien, sentir sus manos en mi cuerpo, su presencia a mi lado.

Salgo de la sala de reuniones y camino por uno de los pasillos de la sede del banco. Es un edificio majestuoso, tapizado de alfombras, con muchos cuadros y recovecos. Busco un lugar tranquilo y elijo una columna de alabastro que hay frente a una ventana con vistas a un jardín verde y lavanda. El móvil vibra en mi bolsillo justo antes de que mis dedos lo encuentren y miro intrigado el número que aparece. Me sorprende, pero contesto relajado con una sonrisa casi automática en los labios.

—Raff, creía que estabas de viaje.

Al ver el número he recordado que la última vez que lo vi me dijo que se iría de Inglaterra durante un tiempo.

—Estoy en Londres. ¿Dónde diablos estás tú?

—En Escocia, ¿por qué?

—Porque James Cavill quiere seducir a Amelia.

—Imposible —replico de inmediato entre la rabia que me ha anudado el estómago.

—Los he visto esta mañana con mis propios ojos. Estaban tomando un café con las manos entrelazadas.

Una ira como nunca he sentido antes está a punto de partirme por la mitad. Aprieto los dientes y sujeto el aparato con tanta fuerza que la pantalla cruje ligeramente junto a mi oído.

—Mientes.

—¿Por qué iba a mentirte?

—No lo sé, eso mismo iba a preguntarte y ahora, pero mientes.

—Piensa lo que quieras, Daniel. Yo y ya te he advertido.

Cuelga y estoy tan furioso que echo el brazo hacia atrás y golpeo la columna con todas mis fuerzas. El móvil se hace añicos en mi mano y el dolor que se extiende por mis nudillos hasta llegar al hombro me reconforta. Me aleja de la horrible agonía que se está adueñando de mi alma.

Amelia y James.

Amelia y James.

Amelia y James.

No, imposible. Ella jamás me haría algo así. Es mía, y yo suyo. Y, sin embargo, tiene sentido.

—Lo están esperando, señor Bond.

Un joven con traje y rostro completamente olvidables se dirige a mí. Aflojo la mano y al ver la pantalla destrozada cierro los ojos y me masajeo la sien.

—¿Dónde puedo encontrar un teléfono?

—Me temo que en esta ala del edificio en ningún sitio, señor Bond. El banco la está restaurando para convertirla en su fundación. Por eso mismo la han elegido para celebrar aquí el encuentro, para que nadie pudiera interrumpirlos.

—Consígame un móvil. —Me aparto de la pared y empiezo a caminar hacia la dichosa sala. Cuanto antes termine con esto antes podré llamar a Amelia—. Tome nota de este número.

El joven camina apresurado a mi lado y anota los dígitos que le dicto.

—¿De qué se trata, señor Bond?

—Consígame un duplicado de esta tarjeta y un móvil. Hoy.

—Sí, señor.

El joven anodino desaparece por una escalera y yo sigo hasta la puerta de caoba por la que he salido antes. A medida que van pasando los minutos, la idea de Amelia y James adquiere consistencia. No estoy orgulloso de mí mismo por pensar así, pero siento cierto alivio al imaginarme a Amelia con otro. Sí, el dolor sería horrible y jamás me recuperaría, pero volvería a ser el de antes.

Volvería a estar solo y a no necesitar a nadie.

Podría respirar sin esta presión en el pecho. Caminar por la calle sin buscar su rostro entre la multitud. Cerrar los ojos y no soñar con sus caricias, con su posesión.

Volvería a estar siempre al mando.

El director del banco, el señor Pickerton, termina su discurso y todos aplauden. Yo no soy menos y me uno a la ovación. Felicitaciones y abrazos se producen a continuación, y Pickerton me invita a cenar con ellos.

—Venga con nosotros, Bond. —Me estrecha la mano—. Se ha ganado un descanso.

—Usted también, señor Pickerton.

—Vamos, venga. Deje que le enseñemos la parte más placentera de Edimburgo —añade Vicker, la mano derecha de Pickerton.

Oh, sí, la parte más placentera de Edimburgo. El hombre no ha sido muy sutil con su insinuación. Es costumbre, supongo, y antes no habría dudado en aceptar.

¿Y ahora?

Amelia y James.

—Sí, por supuesto. Estoy ansioso por descubrirla.

Pickerton y Vicker sonríen satisfechos y me dicen que esté listo a las ocho, que un coche pasará a recogerme. Asiento, me despido de ellos y de unos cuantos directivos más que están a mi alrededor. Noto perfectamente que mi corazón está deteniéndose, que mi alma está encerrándose para volver a dejar de sentir. Que el Daniel Bond que esperan ver todos está reapareciendo con toda su fuerza.

—¡Señor Bond! —oigo que alguien me llama y me detengo en medio del pasillo.

Me doy la vuelta y descubro al chico de antes corriendo con un paquete en la mano.

—¿Sí? —Tengo las manos en los bolsillos, una pose de completa indiferencia.

—Su nuevo móvil, señor Bond. —Me entrega el paquete y apoya las palmas en los muslos para recuperar el aliento.

—Gracias.

Lo acepto y lo guardo sin más en el bolsillo del abrigo. Ya lo abriré después.

Horas más tarde estoy en el restaurante. La cena es deliciosa y el ambiente, exclusivo y selecto. El ambiente desprende vicio, mentiras y demasiados secretos. Durante un instante creo estar en casa, haber vuelto tras un largo viaje, y me relajo. Esto sé hacerlo, aquí no tengo que cuestionarme nada.

Aquí no tengo que sentir nada.

Me río de los chistes adecuados, comparto las anécdotas precisas y flirteo lo necesario.

Daniel Bond está aquí y sabe manejar la situación, los tengo a todos comiendo de la palma de mi mano.

Pedimos los postres y noto la mirada de una mujer rubia encima de mí. Está sentada a otra mesa, acompañada por dos hombres de más edad. No ha dejado de mirarme en toda la noche, la he pillado varias veces y en todas las ocasiones me ha sostenido la mirada y se ha humedecido, o mordido, el labio inferior.

Todo está perfectamente estudiado, todo forma parte de un esquema que funciona sin ninguna complicación y en el que encajo sin ningún esfuerzo. Y sin sentir dolor.

Amelia.

No, no. El corazón me late, el amor que siento se niega a desaparecer de mi interior y me sacude las entrañas.

—Si me disculpan... —Me pongo en pie. Tengo que echarme agua en la cara, controlar todo esto. Ha sido pensar en Amelia y ponerme a sudar. A pesar de lo

que he pensado antes, es imposible que ella esté con James.

Imposible.

Tengo que hablar con ella.

Me dirijo al baño, la atractiva rubia me sigue al cabo de un segundo. Cuando salgo, con la nuca empapada de agua fría, me está esperando.

Me sonríe, se acerca a mí y coloca una mano en mi torso. La habría apartado de un manotazo, pero la fulmino con la mirada.

Ella finge no darse cuenta y se pone de puntillas para susurrarme algo al oído.

—Hotel Richmond White, suite azul.

Por supuesto, está en una suite: las mujeres de su clase siempre lo están. Y siempre están dispuestas a acostarse con cualquier hombre que les resulte atractivo o que puedan utilizar.

Se aparta con otra sonrisa y por su mirada veo que está convencida de que irá a verla, a follármela.

Espero a que desaparezca por el pasillo y vuelvo a entrar en el baño. Vacío el contenido de mi estómago y me voy del restaurante.

—¿Y tú qué le has dicho? —La dulce voz de Amelia llena de lágrimas me desgarran el corazón.

—No le he dicho nada —confieso.

—¿Has ido a verla al hotel? ¿Por eso me llamas?

En otras circunstancias me sentiría insultado, pero después de lo que le he dicho a Amelia no tengo derecho. Me merezco sus dudas y su desprecio.

—No, por supuesto que no. Dios, Amelia, he enloquecido cuando Raff me ha dicho que te había visto con James.

—Perdóname.

—No. —Trago saliva—. No me pidas perdón. Todo esto es culpa mía. Lo ves... —Se me rompe la voz, y no me importa... No sé amar.

—Daniel, escúchame. —La oigo secarse las lágrimas—. Nadie podría amarme nunca mejor que tú. Nadie.

—No dejo de hacerte daño.

—No digas eso, Daniel.

—¿Sabes por qué me he puesto tan furioso, Amelia? Porque durante unos minutos he entendido perfectamente que eligieras a James Cavill en vez de a mí. Sería lo más fácil.

—Y para ti lo más fácil sería haber elegido a esa rubia, o volver con cualquiera de las mujeres con las que habías estado antes. Y no lo has hecho.

—No, no lo he hecho —repito, y el peso de mi pecho se afloja significativamente—. No lo he hecho.

—No. ¿Y crees que lo harás algún día?

—NO.

—Entonces, Daniel, ven a casa.

Amelia

Oigo la puerta de la entrada y el sonido de las llaves de Daniel al tocar la bandeja de plata que elegí para el recibidor. Durante unos segundos creo estar soñando, me quedé dormida después de colgar con lágrimas en los ojos, pero lo veo junto a la puerta y sé que estoy despierta.

Está exhausto. La incipiente barba le oscurece el rostro y está despeinado. Tiene el aspecto de un hombre que ha pasado un infierno para llegar hasta aquí.

Me incorporo en la cama sin encender la luz—la que proviene del pasillo es más que suficiente para poder vernos— y separo la sábana para que sepa que lo estoy esperando. No digo nada, el silencio me reconforta y a pesar de que por teléfono arreglamos las cosas sigo sintiéndome herida.

Pensó que estaba con otro.

—No puedo estar lejos de ti. —Desnuda su voz de toda inhibición y me muestra su dolor y su amor—. Necesito verte, tocarte, sentirte. —Sus ojos, completamente negros, están fijos en los míos. Se humedece el labio antes de continuar—. Necesito tenerte y que me tengas. Por favor.

—Yo también te necesito, Daniel. —Se me detiene el corazón—. Pero no podemos fingir que no ha pasado nada. —Dios, me duele tanto lo que le estoy diciendo que voy a ponerme a llorar—. Ha pasado.

—Lo sé.

Suelta el aliento muy despacio, el torso le sube y le baja con dificultad. Tengo que clavarme las uñas en las palmas de las manos para no abrazarlo y acariciarlo.

—Daniel, yo...

—No, no digas nada. —Se desabrocha el primer botón del cuello de la camisa y después hace lo propio con los puños—. Sé que te he hecho daño, y tú me lo has hecho a mí. —Sigue con los botones del torso—. Pensé que ya no era capaz de sentir dolor y hemos estado a punto de destruirnos.

—No es verdad —insisto frenética secándome una lágrima.

—Necesito recordar qué somos tú y yo. Necesito ser nosotros. —Traga saliva y la nuez se marca en su cuello. Una gota de sudor resbala hasta el hueco que precede su esternón—. Necesito ser tuyo y olvidar que podemos perdernos. Te necesito como sólo tú puedes tenerme.

Se sienta en la cama a mi lado, desnudo en cuerpo y alma.

No, no puedo dejarme llevar. Si cedo al deseo de Daniel, al mío, a las ganas que tengo de besarlo, nos olvidaremos de lo que ha sucedido... Y podrá volver a suceder.

—Por favor, Daniel. —Le acaricio el rostro, no he podido seguir evitándolo, y él busca mi mano—. Por favor, no me...

—Sí, voy a pedírtelo. Por favor, Amelia. Hazlo.

Se tumba despacio junto a mí y lo veo temblar. No puedo dejar de mirarlo, de recorrer las marcas de su cuerpo que demuestran que es mío.

—¿Cómo has podido dudar de mí? —farfullo.

Traga saliva y me sostiene la mirada con valentía.

—He dudado de mí, Amelia. De mí. Perdóname, por favor.

—No puedes dudar de ti.

—Lo sé.

Me acerco a él y le acaricio con dos dedos la marca que le hice una noche en el pectoral con una vela. Daniel enloquece de deseo cuando siente una llama en su piel, cuando deja todo el control en mis manos y él sólo piensa en el placer.

—Pones tu cuerpo en mis manos, pon también tu corazón y deja de dudar de una vez por todas, Daniel. Nada va a separarnos nunca.

—Te necesito ahora.

Veo sus ojos tan negros que casi me engullen y su erección tiembla dolorosamente encima de su estómago.

—Levanta las manos.

Las lleva directamente hacia el cabezal.

—No, no voy a atarte. —Lo detengo con un roce en la piel—. Pon las manos en mi cuerpo, aquí. —Las coloco en mis pechos—. Acaríciame.

Se queda sin aliento un segundo, sus dedos se mueven lentamente en mi piel. Me siento encima de su regazo y rodeo su miembro con los dedos de una mano. Le acaricio sólo una vez y me levanto lo necesario para deslizarlo dentro de mí.

—Amelia...

—¿De verdad crees que cambiaría esto por algo? —Muevo las caderas con suavidad—. Mirame a los ojos y dime si de verdad crees que puedo estar así con otro hombre.

Las manos tiemblan encima de mis pechos, la erección se estremece en mi interior y el torso de Daniel sube y baja tan apresuradamente que los músculos no dejan de vibrar.

—No.

Vuelvo a mover las caderas, Daniel no tiene las manos atadas en ninguna parte, ni tampoco los pies, ni he utilizado nada para excitarlo... y nunca lo he sentido tan al límite dentro de mí en tan poco tiempo.

Está a punto de correrse.

Puedo sentirlo en su mirada, en cómo se muerde el labio inferior para no gemir. En los sutiles y contenidos movimientos de sus caderas. Nunca ha estado tan dominado por mí como ahora.

Me incorporo de nuevo y vuelvo a descender. Su erección me quema, sus

manos me atormentan, su mirada pendiente de la mía es el acto de rendición más sensual que he presenciado entre nosotros.

—¿Qué sientes? —le pregunto apretando los músculos de mi sexo.

—Te amo.

Le sonrío y vuelvo a moverme. Es casi imperceptible, voy a alargar nuestro placer tanto como pueda soportarlo. La pasión y el deseo fue lo primero que nos unió, pero es el amor lo que nos hace inseparables.

Le hago el amor despacio. Dejo que sienta cada una de las sensaciones que recorren mi cuerpo y que sólo él es capaz de crear. Es doloroso: llegamos al límite del orgasmo demasiadas veces y siempre nos obligo a retroceder.

Todavía no.

—Amelia —gime echando la cabeza hacia atrás.

—¿Qué quieres?

—Besarte.

Vuelve a mirarme y yo, sin interrumpir ni acelerar el ritmo de mis movimientos, me inclino lentamente hacia él. Aparto sus manos de mis pechos y las llevo hasta mi cintura, no dejaré que las aparte de mí ni un segundo.

Le acaricio los labios con la misma suavidad con la que lo estoy poseyendo. Deslizo la lengua por la comisura y capturo el temblor que le produzco. Separa los labios, se los humedece. Le doy un beso. Sólo uno. Lento, moviendo la lengua despacio, muy despacio, igual que el resto del cuerpo.

El sudor que cubre el torso de Daniel se pega a mi piel. Él también mueve las caderas: suben y bajan lentamente buscando las mías.

Daniel está completamente entregado a mi beso, persigue mis labios con desesperación, aunque no aparta las manos de mi cintura ni intenta acelerar mis movimientos. El amor que tejen nuestros cuerpos es tan fuerte que no nos hace falta nada más para llegar al orgasmo.

Interrumpo el beso y lo miro a los ojos.

—Me amas —le digo.

Él me mira confuso, frunce el cejo mientras sigue levantando y bajando las caderas a mi ritmo.

—Te amo —confiesa con voz húmeda.

—Lo sé —afirmo—. ¿Y sabes por qué?

Vuelve el rostro a uno y otro lado. Las pupilas han desaparecido por completo en el interior de sus ojos. Los latidos de su corazón engullen los míos y su erección se estremece dolorosamente dentro de mí. Mi piel forma parte de la de él y mis labios necesitan volver a besarlo, pero antes tengo que contestarle.

—Por tus caricias... Yo también te amo.

Le beso y me entrego a él, dejo que mi orgasmo sea el primero y que arrastre al de Daniel con él.

No deja de besarme mientras eyacula y se abraza a mí con todas sus fuerzas.

Levanta las piernas y sus muslos encarcelan los míos. Y suelta una de las manos que tiene en la cintura para llevarla a mi nuca y retenerme pegada a sus labios.

Cuando se separa para recuperar el aliento me mira.

—Yo también sé que me amas, y nunca más volveré a dudarlo.

Le beso otra vez, le acaricio el rostro y después bajo la mano por el torso. Él hace lo mismo con mi espalda. No nos soltamos y seguimos besándonos y acariciándonos.

No queremos soltarnos, y los besos lánguidos y románticos se vuelven duros y carnales. La rabia que los dos sentimos en la discusión de ayer por fin ha asomado en nuestros cuerpos.

Y lo único que podemos hacer es convertirla en deseo y derrotarla.

—Hazlo —le susurro a Daniel con voz firme.

Él, sin salir de dentro de mí, me tumba en la cama y se pone encima. Se detiene un segundo para comprobar que estoy bien y que no me ha hecho daño al cambiar de postura.

Entonces me mira, dispuesto a entregarme de nuevo el control si yo se lo pido.

—Hazlo —le repito.

Tengo las manos alrededor de su cuello y tiro de él hacia mí para besarlo. Levanto las caderas y aprieto su erección con mi sexo.

—Hazlo —gimo—. No te quedes la rabia dentro. Ni tampoco el dolor. Hazlo, Daniel, haz todo lo que tengas que hacer. Soy tuya. Sólo tú sabes exactamente lo que necesito.

—A mí.

—A ti —repito—. Sólo a ti.

Daniel me besa. Me muerde el labio inferior. Aparta las manos de mi nuca y las sujeta en el cabezal con una de las suyas. Mueve las caderas frenético, preso del placer y de la desesperación que los dos sentimos ayer al estar separados.

—No te contengas. —Las palabras se escapan de mi boca cuando él apoya la frente cubierta de sudor en la mía.

—No puedo contenerme.

Me suelta las muñecas y de repente noto los dedos de ambas manos de Daniel entrelazándose con los míos.

—Daniel.

No va a contenerse. No va a dejar ningún rincón de mi corazón intacto ni sin su huella.

Por fin.

—Amelia.

Una gota de sudor cae de su rostro al mío, su erección entra y sale de mi cuerpo furiosa y sin control. Es animal, sincero. Brutal.

Me besa de nuevo, los dientes chocan con los míos. Levanto los muslos y le

aprieto las nalgas que también tiene empapadas.

Le muerdo el labio inferior porque yo también necesito marcarlo.

Y Daniel pierde el control.

—Mía, mía, mía, mía —gime una y otra vez cuando se precipita en el orgasmo.

Yo lo sigo, me rindo a él y dejo que utilice mi cuerpo como anclaje en medio de la tormenta.

Me cubre por completo con su cuerpo y empieza a besarme el rostro, que captura entre sus manos.

—Te amo.

Levanto una mano para apartarle un mechón de la frente. Allí está Daniel. Sólo Daniel, libre de miedos y dispuesto a todo para amarme.

—Lo sé.

Nota de la autora

Daniel y Amelia son felices, espero que puedas verlo en todas y cada una de las páginas de su historia. No sólo las de *Por tus caricias*, sino también en *Noventa días*, *La cinta*, *Todos los días*, *Sin fin* y *Un día más*. Siempre formarán parte de mí, aunque sin ti no habrían existido. Gracias de corazón.

El caso de Marina, Raff y James es muy distinto... y espero que sientas la tentación de descubrirlo.

MIRANDA CAILEY ANDREWS

M. C. ANDREWS nació en Manningtree, el pueblo más pequeño de Inglaterra. Lleva años afincada en Londres, donde ejerce de periodista para un importante periódico, aunque durante sus primeros tiempos en la capital británica tuvo varios trabajos: de camarera a guía turística, pasando por canguro y correctora *freelance* para una editorial. Está casada y es madre de dos hijas.

De pequeña, M. C. Andrews solía decirles a sus padres que deseaba ser escritora; su esposo y sus hijas siempre la han animado a intentarlo... De ahí *Noventa días*, su primera novela, *Todos los días* y *Un día más*, así como los relatos *La cinta*, *Sin fin* y *Por tus caricias*, todos ellos publicados por Zafiro.